

Tristán de Jesús Medina: tres poemas desconocidos

Jorge Ferrer

Tristán de Jesús Medina (1831-1886), a quien José Lezama Lima llamó «la única figura de maldito que ofrece nuestro siglo XIX», es uno de los personajes más singulares de la historia literaria cubana. Su discolpa biografía, que lo quiso repartiendo su vida a medias entre Cuba y España, y su muerte en un Madrid que le negó con celo los favores que le dispensó antes con munificencia, ha conspirado contra un conocimiento de su, según los más diversos testimonios, vasta obra. Una circunstancia que ha sido lesiva para la inscripción de Medina en las historias de la literatura cubana y española.

Todos aquellos que han estudiado la obra de Medina, singularmente, Roberto Friol, Cintio Vitier y el propio Lezama Lima, han lamentado el extravío, por no querer asumir la pérdida, de tantos textos medinianos. No obstante, las pesquisas o el mero azar van completando, a cuentagotas, el desaparecido *corpus*. Así, hace pocos años, tuve la suerte de encontrar el sermón «María-Esperanza», que se publicó en *Retrato de apóstata con fondo canónico. Artículos, ensayos, un sermón* (Selección y prólogo de Jorge Ferrer. Editorial Colibrí, Madrid, 2004). Dábamnos con ello postrera satisfacción al lamento lezamiano: «...no conocemos ni siquiera un sermón de Tristán de Jesús Medina, brillante y sombrío como un faisán de Indias».

Ahora, el azar ha querido que aparezcan los tres poemas siguientes. El hallazgo se produjo en Sevilla, donde el pintor Andrés Gil García de Meneses conservaba unos folios arrancados de un viejo cuaderno familiar y tuvo la feliz idea de consultarnos su autenticidad y, establecida ésta, la generosidad de ofrecerlos a los lectores de *Encuentro de la Cultura Cubana*.

Estos tres poemas, debidos sin duda alguna al bayamés, se encontraban autografiados en un cuaderno de 23 x 31 cm, aproximadamente, y que constaba de unos 50 folios, de los cuales tan sólo cinco estaban ocupados por estos versos, más otros correspondientes a autores contemporáneos de Medina. A fuer de exámenes caligráficos más exhaustivos, y tras haber comparado los textos con copias de otros indudablemente autografiados por Tristán de Jesús Medina, podemos afirmar con casi total certeza que estos poemas fueron anotados en el cuaderno de marras por el propio autor.

Calificar estos poemas de rigurosamente inéditos sería correr un gran riesgo. La fama de Tristán de Jesús Medina en España, durante los años de residencia en Madrid, fue enorme, como asidua — lo hemos podido constatar — fue su frecuentación de periódicos de toda la península, especialmente entre 1859 y 1871, año este último en que abandonó una España a la que regresaría en 1873 — «el hostil año 1873», lo llama en una carta —, para instalarse después en Suiza, donde, acusado de pedofilia, estuvo preso y luego internado en una institución psiquiátrica. El hecho de que dos de los poemas estén datados en 1872 y 1874, y de que el primero fue escrito en Florencia, según consta, son importantes indicios de que pudieron no llegar a imprimirse en España. Tal vez se los pueda encontrar en algún recóndito periódico, pero lo cierto es que no han sido incluidos en las escasas recolecciones de sus poemas.

Los pocos sonetos que conocemos de Tristán de Jesús Medina, a quien Cintio Vitier ha considerado poeta transicional hacia el modernismo, son de una perfección prístina. No obstante, su trasiego con la poesía escapa de la matemática «disciplina de la pasión», como se ha llamado al arte del soneto. En estos poemas se manifiesta claramente el talento de Tristán y algunos de los temas que lo rondaron, siempre a medio camino entre el fervor religioso y la duda desde la fe.

Polocasto.

(balada mística.)

I.

El que pasaba por su calle un día,
Viendo por la ventana,

— "Pobre mujer, pobre mujer, decía,
Que regresa su mañana?"

Allí en el atarido su esposo muerto,
Ella sentada al lado,

Los niños, así los ángeles por ciento,
Chegaban sin cuidado.

Y así paciente la infeliz clamaba:

— "¿Luzi, Luzi, Luzi!"

"Del corazón de tu rendida bebaba
"¿Luzi, Luzi, Luzi!"

II.

El que pasaba por allí una tarde
estrelucida y fría,

Con voz doliente y corazón cobarde,
— "Pobre mujer!" decía.

El mayorín de los dos infantes

el muerto estaba en la cama;

La madre se abrojó con sus diamantes,

Con toda su fortuna.

Y así clamaba en su piedad creciente:

— "¡Pocas gracias, Luzi!"

"No es ya la mejor parte solamente,

"¡Velas también la mayor!"

III.

Los que llegaron cien años de camino
por la ventana a ver;

Decían volando de ternura

— "Pobre, pobre mujer!"

En el regazo mismo de la viuda

Estaba el enjoso hijo

Del otro niño a quien miraba muda,

De flores coronada.

Y cuando pudo hablar, dejó al instante:

— "Señor!... cuanto te quiero!"

"Pues has querido, como eterno amante,

"El corazón entero!"

— "Fritan Medina."

Holocausto
(balada mística)

I

El que pasaba por su calle un día,
Viendo por la ventana,
—Pobre mujer, pobre mujer, decía,
Qué negra es su mañana.

—

Allí en el ataúd su esposo muerto,
Ella sentada al lado;
Los niños, ay! —dos ángeles por cierto,
Jugaban sin cuidado.

Y así paciente la infeliz clamaba:
—«Te bendigo, Señor!
«Del corazón de tu rendida esclava
«Quisiste lo mejor!»

II

El que pasaba por allí una tarde
Melancólica y fría,
Con voz doliente y corazón cobarde,
—«Pobre mujer!... decía.

El mayorsito de los dos infantes
Muerto estaba en la cuna;
La madre lo adornó con sus diamantes,
Con toda su fortuna.

—

Y así clamaba en su piedad creciente:
—«Nuevas gracias, Señor!
«No ya la mejor parte solamente,
«Mas también la mayor!»

III

Los que llegaban cierta noche oscura
Por la ventana a ver,
Decían sollozando de ternura
«Pobre, pobre mujer!»

—

En el regazo mismo de la viuda
Estaba el cuerpo helado
Del otro niño a quien miraba muda,
De flores coronado

—

Y cuando pudo hablar, dijo al instante:
—«Señor!... Cuanto te quiero!
«Pues has querido, como eterno amante,
«El corazón entero!»

—

TRISTÁN MEDINA

Destrenza y finge lira

Las hebras como el ébano:
Tu canto allí suspira
Que das al arpa eólica,
Y alarga así a mi dueño,
Si amante sueña, aquel amante sueño.
Su aliento puro toma
En cambio de tus hálitos
De regalado aroma:
Agita loco el dédalo
De encaje y leve lino,
Y retozando besa el pie divino.
Si está como la veo,
Déjale así mis dádivas:
Mi amor en su deseo,
El beso entre la púrpura
Del labio palpitante
Y el corazón bajo la mano amante.

Florenca. Julio de 1872.

TRISTÁN MEDINA.

¡Sur, suspiro!

Vé, suspiro del alma,
Alma de un beso,
Y de quejas cautivas
Prófugo eco,
Vuela, no tardes
Preguntándome adonde, ...
Tú bien lo sabes!

—
Vé, suspiro del alma,
Al mármol!... digo
A la que llamo a veces
Mi mármol vivo.
Tú bien lo sabes:
Solo un mármol hay muerto,
El de su madre!

—
Junto a mí todo mármol
Llega a vivir,
No para hacerse estatua
Sino buril;
Tú bien lo sabes...
¡Para labrarme el alma
Buril se hace!

—
Vé a la ingrata esta noche
Y pon mi almita;
Si ya duerme, en su sueño,
Cual pesadilla.
Muera el amor!...
Pon, si aun cena, en sus labios,
Mi corazón.

Madrid, Marzo,
1874

TRISTÁN MEDINA.